

EDITORIAL

MANUTENCION DE PRESOS.

Todos saben que esa atencion, compete sufragarla a los fondos municipales de cada pueblo...

No hace todavía mucho tiempo que de ella nos hemos ocupado, con la aduccion de algunos datos de carácter oficial...

Sin embargo de haber sido así presentada por nosotros la cuestion aludida, volvemos hoy a ocuparnos de ella...

Es un hecho, que aqui, (con excepcion de Manila, que solo la tiene en parte su Ayuntamiento), la administracion de las cárceles...

Ni para disponer el racionamiento, ni para justificarlo despues en cuentas el administrador, a fin de que le sea de buena data en ellas, el importe del gasto...

Sin duda, que la causa principal de tan anómalo é irregular procedimiento, es la situacion excepcional que aqui ofrece el estado administrativo de los ramos provincial y municipal...

No deja de llamarla vivamente tambien, a toda persona observadora, el hecho de que no haya licitadores, casi nunca, para las subastas de suministros de víveres...

Deseosos de que en tan delicada, a la vez que importante materia, sea otra nuestra situacion, se nos permitirá que volvamos a ella...

OFICIAL

PARTE MILITAR.

Servicio de la plaza para el día 9 de Agosto 1885. Parada, los cuerpos de la guarnicion.—Vigilancia, los mismos.—Jefe de día, el coronel don Félix Latorre.

SECCION RELIGIOSA.

DOMINGO IX despues de Pentecostés.—Stos Ramon, Firmo y Numéridio mrs.—Sta. Eufonia mr.

LUNES.—Stos. Lorenzo diác. y mr.; Fidelimito, Diosdado conis.—Sta. Asteria, Basa, Paula y Agatónica vs. mrs.

VARIEDADES

UNA APUESTA.

La travesía se verificaba en las mejores condiciones apetecibles; es decir echando los hígados los que se mareaban, y aburriéndose soberanamente los demás.

El pasajero era numeroso y el buque que lo conducía de San Francisco a Yokohama uno de los más bellos y potentes de la linea del Pacifico: La ciudad de Tokio.

Se llamaba Garcia, era cojo y no levantaba del suelo más de cinco palmos; pero templado y valiente, hasta el extremo de haberse arrojado a dar la vuelta al mundo sin poseer más lengua que la suya nativa.

Por fortuna había entre los pasajeros uno que poseía medianamente el castellano y él se encargó de interpretar las agudezas de nuestro compatriota a los demás...

Mr. Kock, que así se apellidaba el intérprete, tenía seis pies cumplidos de estatura y las patillas, la calva y el abdomen peculiares del banquero inglés.

En cuanto Garcia se presentaba sobre cubierta, se encontraba rodeado de un estado mayor ávido de recoger las primicias de un chiste suyo ó de leer el programa del día.

Una noche oscura como boca de lobo, se puso a pasear entre los circunstantes con un farol encendido colgado del hombro.

tesca y á mí me tiene reducido á no poder entablar coloquio más que con las rodillas de V.

—Eso es una paradoja, replicó Mr. Kock amenizando su frase con una sonrisa emponzoñada; porque tanto V. como yo quedamos en nuestras proporciones...

—Usted le sacará por el lado izquierdo, repuso el inglés amostazado con la salida de tono; porque lo que es el pié derecho no tiene el menor contacto con la tierra.

—Nada, nada, mantengo lo dicho y me juego el importe del pasaje. Aquí la apuesta se hizo general entre los dos bandos opuestos.

—No, es inútil. Me debe V. doscientos pesos. Vá V. á convenirse á la simple vista, ó sea calzado y todo. Porque... Vé V. donde tengo la nariz?

Clavelina mendigaba en un camino por donde no pasaba nadie; de manera que nunca caía una moneda en su débil mano fatigada de mantenerse abierta.

Clavelina, pues, era muy digna de lástima, tanto más cuanto que, nacida no sabía donde ni de quién y no conservando de su origen otro recuerdo que haberse despertado una mañana de sol junto á los matorrales...

Resignábase á trepar no bien cerraba la noche, á un árbol corpulento, recostándose entre sus ramas... Cuando el tiempo era muy frío hubiérase de buena gana acurrucado en un nido de pájaros.

Como ustedes ven, Clavelina era la criatura más miserable que cabe imaginar, y si su desventura era grande durante el buen tiempo, cuando hay calor en el ambiente...

más triste que nunca. ¡No debía de ser una hada buena, no! ¿Qué crueldad mayor que dar una alcancía á una pobre criatura que nada tenía que guardar?

A punto estuvo de romper contra una piedra aquel presente que era un escarnio; pero era de natural tan bondadoso que no podía hacer daño ni á las cosas dañinas.

Desencajados los ojos, entreabierta la boca, tendidos hácia él los brazos, quedó extasiada y sintiendo que algo, que debía de ser su corazón, saliase de ella y lo seguía.

Recordaba, como horas felices, aquellas en que no había padecido más que hambre y frío... Pensaba en que otras mujeres, en la corte, rídicamente ataviadas—menos bellas que tú, le decía el espejo de la fuente—podían contemplar casi á todas horas...

Y ella, la mendiga del camino sin caminantes, continuaba viviendo—porque vivir es morir un poco cada día—en aquella soledad, en aquella miseria, lejos del que tan tiernamente amaba, y no lo volvería á ver nunca, ¡nunca!...

Al cabo, un día de nieve resolvió no sufrir más; determinó arrojarse en el lago que había en medio del bosque; no sentiría apenas el frío del agua, acostumbrada como estaba al frío del ambiente.

Clavelina—le preguntó—¿por qué quieres morir? —¡No sabeis, hada perversa, cuán desventurada soy! La muerte mas horrible me será más dulce que la vida.

Clavelina no se atrevió á desobedecer. Sacó de entre sus andrajos la inútil dádiva, y la rompió contra una piedra.

Entre los dos sumaban catorce años. La madre les lavó, les vistió y les dijo: ¡Ea! ya estais listos.

La niña, contemplando aquel trozo de pan cristalizado, levantó la cabeza. —Quiero carne. —No hay carne.

—¿Cómo te he de decir que no la tengo? La pintaré. —¡Carne! lloriquea la pequeña.

De pronto gritos infantiles se unieron á aquellos cantos. —Por aquí, por aquí; cuidado con el río; dame piedras.

Era Pepe, que avanzaba ojeando el apiñado follaje; Ana le seguía, recogiendo en su falda las municiones de guerra.

—¿De qué se trata? —¡No te doy más; vamos á casa. —Vete tú.

—¡Déjate de pampalinas!... Calla... que me vas á espantar aquel otro... ¡pum!... ¡eh?... este no ha dicho ni Jesús siquiera. Adelante, por aquí, dame piedras; ¡cómo se va á alegrar madre!

Al mediodía los dos hermanos se volvieron á casa. Pepe iba muy contento, silvando la canción de los matuteros; Ana, convertida en enfermera, acariciaba al pajarito, único de cuantos llevaba, que se había salvado de las piedras de su cruel hermano.

—¿Cállate, Pepe, que se me quitan las ganas de volver a probar bocado alguno! —En el mundo todo es así; los lobos se comen á las ovejas, los gatos á los ratones, las arañas á las moscas y hay hombres que se comen á sus semejantes.

—¡Qué barbaridad! —Será lo que tú quieras, pero así sucede. —¡Recuerdas los Mandamientos de la Ley de Dios? —De corrido. —Pues el quinto, dice: no matar. —Pero no dice: no comer.

LA ALCANCÍA.

(CUENTO DE HADAS.)

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII





